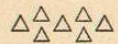


perdurar y hacer historia." Pueblos que no pueden reconocer su degradación, que no se avergüenzan de ella, es que ya formaron un pacto infame con la tiranía, como las meretrices que se desposan con el vicio. Nó; no era seguro, ni siquiera probable el triunfo de la causa del pueblo, (así se los hizo ver de una manera patente, el Sr. Duclós-Salinas, á algunos de los convencionalistas de más empuje, la víspera de la tragedia); Reyes contaba, á no dudarlo, con la protección del Gral. Díaz, quien le había permitido que, contra la Constitución del Estado, pisoteándola, lanzara audazmente su candidatura; Reyes, sin ser ya Jefe de la Zona, contaba, sin embargo, con el apoyo de las fuerzas federales, gracias á la ciega sumisión á sus mandatos del Coronel Ramón Terán, quien *al día siguiente* no vacilaría en empañar su honor militar, faltando á la verdad en su informe al Ministerio de la Guerra, sobre la Manifestación anti-gobiernista; Reyes, vacilante en su puesto, violento por sentir en su espalda el empuje de una voluntad poderosa, de la voluntad de todo un pueblo que le rechazaba, no perdonaría medio alguno practicable para destruir á sus enemigos. Y el Presidente estaba ya preparado, como que desde días antes había estado recibiendo telegramas, en los que Reyes le enviaba largas listas de *conspiradores*. . . . ! ¡Quizás ese hombre soñaba para Monterrey con una repetición, en mayor escala, del nefando 25 DE JUNIO DE 1877!

Nó; los opositoristas no esperaban el triunfo como cosa cierta, á pesar de sentirse apoyados por la voluntad unánime de los hijos del Estado; á pesar de ser obvio para ellos, que, en aquellos instantes críticos, hacia ellos convergían las esperanzas todas, el anhelo de redención, ¡aspiración altísima de un pueblo noble, víctima, pero no esclavo de la tiranía! Que esto se supiera, que esta protesta noble, regeneratriz, fué acogida por la Historia ¡era cuanto los convencionalistas ambicionaban! Y esta ambición hermosa, vitalizadora, llenaba el corazón de todos los nuevoleonenses.



## CAPITULO VIII.

**La Noche Anterior.—Resultado Probable de la Manifestación. — Opiniones de los Sres. Sanmiguel, Reyes y Duclós-Salinas.—“¡Demasiado Tarde!” —“EL 2 DE ABRIL.”—Los Oradores.—El Desfile. —Entusiasmo y Orden.—El Comandante de Policía.—Aprestos de Ataque ó Defensa.—La Señal.—Los Primeros Disparos.—Fuego sobre la Muchedumbre.—Los Rurales—Un Capitan del 9º Batallón.—Heridos y Muertos.—Aprehensiones.—Manifestación Reyista.—Serenata en la Plaza de Zaragoza.—Asiste á ella el General Reyes.—Meses Después.—Explicaciones.**

La noche anterior el Sr. Duclós-Salinas tuvo oportunidad de hablar confidencialmente con el Jefe del Partido y el Presidente de la “Convención,” en las Oficinas de éste, acerca del resultado probable de la Manifestación que debería verificarse el día siguiente. El Lic. Eulalio Sanmiguel, tenía confianza absoluta en el éxito de la misma; nadie, según él, se atrevería á interrumpirla, pues que se habían tomado toda clase de precauciones, para que fuese en extremo ordenada. Se vitorearía al Presidente de la República, al Candidato Francisco E. Reyes, á algunos de los próceres del *garzayalismo* y del antiguo partido *genarista*; pero á toda costa se evitarían expansiones subversivas. Para ello habíase creado una especie de policía con los Jefes de Asociaciones y Clubs, los cuales se habían comprometido á hacer guardar perfecta compostura, á quienes marchasen bajo sus



respectivos estandartes.\* Poco más ó menos estas mismas frases había escrito días antes el Lic. Sanmiguel al Sr. Duclós-Salinas, invitándole á hacerse cargo de la Dirección del diario oficial de la oposición "Justicia," que en breve principiaría á darse á la estampa.

En el fondo, la opinión del Lic. Reyes era la misma: el Gobernador, impulsivo y todo, no se atrevería á intentar disolver la Manifestación, pues que á tanto equivalía como á provocar la ira del pueblo, el desorden y quizás el derramamiento de sangre. El General Reyes, no podía, racionamente, provocar un conflicto, el cual, sin lugar á dudas, tendría que redundar en su contra, pues nadie había de creer que los manifestantes fueran á amotinarse los unos contra los otros, ni mucho menos que, si su intención era alzarse en armas, fueran á verificarlo durante una *procesion cívica*, formada por una inmensa masa de pueblo inerme (en que abundarían las mujeres y los niños), á la luz del día y sin Jefes prestigiados que encabezaran el movimiento. Fértil en detalles estrambóticos es la historia de nuestras convulsiones políticas y *cuartelazos*, según la gráfica dicción del Sr. Bulnes,—añadió el Sr. Reyes—pero, nadie podría creer, que una agrupación tan inútil, tan indefendible, como sería la que formarían los manifestantes, habrían los convencionalistas pretendido en cambiarla, en un instante dado, en *masa guerrera*, extrayendo de ella guerrillas, regimientos y batallones, como por arte de encantamiento, convirtiendo en Maüsers los mondadientes, y sin tener en cuenta que, en la hora del combate, tropezarían como principal impedimento, contra sus propias personas. Nó; jamás Reyes haría creer á una sola persona de juicio, que tras la procesión cívica de los antirreyistas, se había ocultado el motín, la rebelión contra el Gobierno constituido. Verdad es que la

\*Las precauciones para conservar el orden, tomadas por la "Gran Convención," fueron tales, que hasta en los programas de la fiesta, publicados en los periódicos y en hojas sueltas, se añá la siguiente:

NOTA.

Se suplica atentamente á los oradores, y en general á todos los que asistan á la fiesta, se abstengan en absoluto de toda alusión ó demostración que pueda interpretarse como de carácter político militante, pues el propósito de la reunión es netamente conmemorativo de una fecha célebre en la Historia Patria, y extraño á toda otra mira personal.

generación presente, en Méjico, no sabe hacer revoluciones, pero no es tan iletrada para que ignore con qué precauciones y en qué circunstancias determinadas, solían pronunciarse nuestros antepasados.

A estas razones, incontrovertibles en apariencia, opuso las siguientes el Sr. Duclós-Salinas: Para nosotros no es un misterio, que en esta campaña los independientes de Nuevo León no cuentan, ni con el apoyo del Presidente, que más se inclina hacia el General Reyes, ni con el "Grupo Científico," que teme disgustar al Presidente, y ni siquiera con nuestros grandes Caudillos—cuya influencia moral y política quizás hubiese logrado contrabalancear la del General Reyes,—que también vacilan, rehuyen hasta el pensamiento de ponerse en abierto conflicto con el Dictador, en el que sólo ven al antiguo compañero de armas, de luchas, de gloria y de adversidades. Ya tocando las puertas de la ancianidad, *la Historia* los liga al Gral. Díaz con doradas cadenas de afecto sincero y profundo. Por consiguiente, la oposición está aislada, se basa sólo sobre sentimientos, ideales, nobles impulsos, quizás falsas promesas; pero nada positivo, tangible, que cuente en buena política; entendiéndose por ésta, la que cuenta con probabilidades de realizar sus miras. Y en circunstancias tales, si el Gral. Reyes tolerase un acto que equivaliera á una derrota muda, indirecta si se quiere, pero indisputada, pública, preciso sería reformar juicios, casi todos los juicios emitidos en su contra, porque de improviso se convertiría en un ideal de demócrata, en sumiso oficiante de la diosa Opinión, en un Cincinato ó un Wamba, que á buen título podría exclamar como en el drama de Zorrilla:

"Wamba es más grande que la gloria humana,  
Y prefiere á ser rey, ser caballero."

Pero razonemos ahora *ad absurdum*. Supongamos, que habiendo obtenido la Manifestación un éxito brillante, el General Reyes permite que desarrolle todo su programa hasta el final, sin ser molestada. ¿Cuáles serían las consecuencias? ¿Qué defensa le quedaba al Gobernador reeleccionista, qué disculpa para permanecer al frente del



Gobierno? Monterrey, Nuevo León, la República, verían, ó tendrían noticia bien pronto, tan pronto como pudiese funcionar el telégrafo, de que todas las clases sociales de la Capital del Estado, se habían hallado representadas en una Manifestación magna, formada de enemigos políticos del Gral. Reyes y partidarios del campeón opositor. Y si á esto se añade que la procesión reyista de la tarde, se vea desairada por el pueblo — como sin duda se verá — difícil sería concebir, cómo el Sr. Gral. Reyes podría seguirle afirmando á su único apoyo, el Presidente, que “el pueblo de Nuevo León, en compacto grupo, le aclamaba para continuar rigiendo sus destinos y que sus oponentes no pasaban de una puñada de discolos, sin influencia ni significación política alguna.” Para que el Presidente creyera esto, por muy deterioradas que se presupongan sus facultades mentales, preciso era violentar demasiado el absurdo: el General Díaz no se dejaría engañar con facilidad, por grande que fuese su afecto y gratitud hacia el General Reyes.

Tras la Manifestación, la prensa opositora se organizaría, el Estado crearía confianza en la rectitud ó impotencia de ejercer el abuso, por parte de la Administración, se creería posible la libertad de sufragio, el ánimo, la confianza en lo por venir se inflamaría en todos los corazones, el triunfo en los comicios sería indisputado, la caída del General Reyes irremisible; ¡y Nuevo León reconquistaría su libertad menguada, y la dirección de la cosa pública caería otra vez en manos de sus hijos! . . . . Supongamos ahora un *motín* (¿) más ó menos hábilmente provocado.—¿A qué quedaría reducida la manifestación espléndida del partido opositor?—He ahí: muertos, heridos, prisioneros, fugitivos; ¡calumniados, insultados á mansalva, revolcados en el lodo, los que hasta horas antes, habían sido la esperanza de redención del pueblo! . . . .

Tras breve silencio, el heroico Presidente de la Convención, ese Lic. Eulalio Sanmiguel, prototipo del ciudadano pacífico, del profesionista atareado, del ingenio reflexivo: parco en producirse, maduro en sus juicios, lento en sus

resoluciones, exclamó con decisión y firmeza: “ya es muy tarde para volver atrás: adelante, y arrostraremos las consecuencias, cualesquiera que sean”

EL 2 DE ABRIL DE 1903. . . . .

No pretenderemos describir minuciosamente aquella procesión cívica, de esplendor inusitado no sólo en el Estado sino en la República, á la que concurrieron de doce á quince mil ciudadanos, y en la que mujeres, hombres y niños tomaban parte, dando ostensibles muestras de entusiasmo y patriotismo.

En la Alameda “Porfirio Díaz,” los oradores de la “Convención,” así como los estudiantes y representantes de las clases obreras que hicieron uso de la palabra, habían sido aplaudidos estrepitosamente, y saludados sus valientes períodos con aires nacionales que electrizaran al pueblo. El Sr. Lic. Nicolás Berazaluce, Secretario de la “Gran Convención Electoral,” en peroración corta, nerviosa, vibrante, conmovió profundamente al auditorio y fué vitoreado con atronadora salva de aplausos. El Lic. Francisco de P. Morales, leyó un discurso tan bien escrito cuanto intencionado, en el que la gloria por el progreso de Nuevo León, era ingeniosamente atribuida al General Porfirio Díaz. Un joven obrero mereció luego el favor del público, y el estudiante Galdino P. Quintanilla, ocupó en seguida la tribuna. Hermosas ideas, valientemente expresadas, valieron al elocuente orador una ovación merecida. Correcto, mesurado y á la vez enérgico, estuvo el Sr. Sosa García; y, para decirlo de una vez, el comportamiento del público fué admirable. Su entusiasmo era ruidoso, pero de buena ley. Jamás tan bien como entonces, pudo aquilatarse la ilustración y moralidad del pueblo regiomontano.

Terminados los discursos entre aplausos, vivas, dianas, y manifestaciones múltiples de entusiasmo por parte de la concurrencia, la inmensa columna humana principió á desfilar en perfecto orden, por las calles de Washington, del Roble



y Matamoros. El aspecto que presentaba aquella muchedumbre era grandioso. Alentada por el patriotismo, enardecida por las muestras de estimación y reconocimiento que el bello sexo le prodigaba, arrojando sobre ella, desde techos y balcones, confeti, y flores en abundancia tal, que llegaron hasta tapizar casi por completo el pavimento de algunos tramos, no cesaba de aclamar á sus candidatos, al patriota bello sexo de Monterrey, á los prohombres nuevoleonese, á Méjico, y hasta al Dictador de la República! . . .

A medida que la procesión cívica avanzaba, iba recibiendo el contingente de las calles transversales y aumentando en longitud rápidamente. Cuando la caballería, que formaba la vanguardia, flanqueó la calle de Matamoros para entrar por las de Zaragoza, la vista se perdía sobre un verdadero torrente de cabezas humanas, que, simulando un oleaje ascendente, parecía precipitarse por las calles transversales á la del Roble, inundar las de Matamoros y formar zeta con las de Zaragoza, como antes digimos. Lo que para los que ocupaban la cabeza de la columna eran claras articulaciones de un vitor entusiasta, iban convirtiéndose en rumor confuso, en estruendo, á medida que repitiéndose iban por quince mil voces, esparcidas, ó más bien diseminadas, en una distancia de doce á quince cuadras; y, en sentido inverso, las aclamaciones y "vivas" del extremo de la procesión, se esparcían, difundían y multiplicaban, hasta tornarse en vocerío, rumor de marea, formando oleadas ascendentes y descendentes de entusiasmo, que recorrían de una extremidad á otra aquella espléndida manifestación cívica, de un pueblo culto, entusiasta y patriota.

Faltaban solamente dos cuadras para llegar á la "Plaza de Zaragoza." . . .

El Comandante de la Policía ostentando impropriamente traje militar, á caballo y espada en mano, poco á poco había avanzado hasta la cabeza de la Manifestación, formada por la caballería, como asentado dejamos, la cual torció rumbo al Oriente y se colocó en desorden bajo los balcones del Casino de Monterrey.

Frente al Palacio Municipal, y en la banqueta exterior del

lado Occidente de la Plaza, un doble cordón de gendarmes, colocados á una distancia de cinco pasos uno de otro, hallábanse apostados, y, revólver en mano, aparentemente trataban de mantener el orden. En todas las esquinas, bocacalles, y en el interior y azoteas de Palacio, había también un gran número de gendarmes disponibles, reclutados exclusivamente para la ocasión que nos ocupa. Y mezclados con los manifestantes, se calcula que irían de doscientos cincuenta á trescientos policías secretos. A tres cuadras de distancia el 9<sup>o</sup> Batallón, y á cinco el 10<sup>o</sup> de Rurales,—prevenidos con anterioridad por Reyes y Terán,—esperaban, fusil al hombro, el momento oportuno, para obrar conforme á instrucciones finales.

Conviene saber, que con interrupciones de cinco minutos, diez á lo más, el General Reyes estuvo recibiendo mensajes telefónicos, poniéndosele al tanto del curso de la Manifestación y de lo que en ella ocurría, sin perder los detalles más insignificantes.

Quando el Comandante Morelos enfrentó á la Plaza, á vuelta esquina de la calle de Zaragoza, se le acercó un policía secreto y disimuladamente le entregó un pliego cerrado. Logramos saber más tarde, que ese pliego no contenía más que una lista de nombres propios, que al Jefe de la Policía le enviaba el Alcalde Pedro Martínez. . . . Dos horas antes, en la Oficina privada del General Reyes, este señor y el Alcalde Primero discutían acaloradamente. Se escuchó esta frase: "*no; eso es demasiado*" . . . ¿fué pronunciada por el General Reyes? . . .

Segundos solamente habían pasado desde que el Comandante de Policía recibió los pliegos, cuando se escuchó una detonación de arma de fuego. El tiro procedía, según luégo se supo, de la azotea del Palacio Municipal, y el proyectil fué á incrustarse en la pared sur de la *Sonora News Co.* Aquello fué como una señal:\* tres disparos más escucháronse frente á la casa de los Sres. Maiz, en la calle de Zaragoza, y otros dos entre la citada *Sonora News Company* y la Cantina Alemana. Simultáneamente cuatro ó seis des-

\*VÉASE, Apéndice VI.



cargas resonaron á inmediaciones de la tribuna,—la cual era en aquellos instantes ocupada por el brillante orador Lic. Vicente B. Treviño, quien ya se preparaba á pronunciar una pieza oratoria que muy elogiada nos ha sido de los que la conocen, y de la cual sólo llegó al público la primera palabra: "Señores." El estruendo de una descarga nutrida, procedente de los gendarmes colocados frente á Palacio, ahogó la voz serena y firme del tribuno independiente.

Entretanto, el derramamiento de sangre había principiado! . . . . Un cadáver y un moribundo, hallábanse tendidos frente á la casa de los Sres. Maiz Hermanos; en la banqueta sur de la *Sonora News Company*, había otro cadáver. Un herido jóven se desangraba á la extremidad norte de los Portales de Palacio; un niño había sido fusilado cerca de la esquina suroeste de la Plaza; entre el Hotel Zaragoza y el Palacio, un infeliz obrero espiraba en brazos de su hijo. A dos pasos de la tribuna yacía el cadáver de un gendarme. . . . .

Y las descargas continuaban sin interrupción y tan nutridas, que simulaban un ataque contra un enemigo armado y dispuesto á defenderse. Es indudable que la mayor parte de los tiros no iban dirigidos á la muchedumbre, y para el observador tranquilo, fué evidente, minutos después, que no se había procurado, un sacrificio ilimitado de vidas. . . . .

Cinco minutos habían transcurrido desde que principió la fusilería, cuando por la testera sur de la Plaza, invadió el 10.º de Rurales, haciendo fuego directamente sobre el pueblo. . . . .

Felizmente, en aquellos momentos llegaba también un piquete del 9.º Batallón, al mando de un Capitán, cuyo nombre sentimos no recordar ahora, y el cual, encarándose valientemente á los Rurales y gendarmes, les increpó así, con voz potente: *¿ Por que tiran contra el pueblo? ¿ No ven que huye?*

Instantes después el Comandante Morelos y Zaragoza, ordenó á sus gendarmes apostados frente al Palacio, que cesaran de hacer fuego\*.

\*En su Informe Oficial, el Sr. Comandante dice, que "mandó cesar el fuego" algunos minutos DESPUES de haber principiado.

Sin embargo, los Rurales y algunos gendarmes, continuaban haciendo fuego, á la vez que trataban de verificar aprehensiones de personas que de antemano les habían sido recomendadas. Con frecuencia, el Sr. Comandante sacaba y leía el pliego á que antes se hizo referencia, y en seguida libraba órdenes á sus policías y agentes de la Reservada.

La mayor parte del pueblo había logrado ponerse á salvo. Por todas las calles se veían heridos, que ora se dirigían á las farmacias, ora trataban de llegar, sin ser vistos, á sus hogares. Otros eran transportados rápidamente por la Policía, y solamente un corto número de heridos y muertos fueron dejados en el teatro de los sucesos. Entre los últimos, la mayor parte eran. . . . *gendarmes*: no faltaría, sin duda, á quien hacerle creer en una resistencia heroica (¿) por parte de los manifestantes.

La consigna dada á los gendarmes, dificultó en gran manera las aprehensiones, pues por andar en busca de personas determinadas, dieron tiempo suficiente al pueblo para esquivar la zona del peligro. Entre los aprehendidos, se numeraban ya, el Secretario de la Convención, Lic. Nicolás Berazaluce, el Magistrado Vicente Garza Cantú, los jóvenes pasantes de derecho Jesús y Eugenio del Bosque y D. Galdino P. Quintanilla. Más tarde fueron reducidos á prisión los Sres. Severo Morelos, Gonzalo Espinosa, Hipólito Díaz, Gonzalo Canales, y muchos otros cuyos nombres no recordamos. Al día siguiente fueron conducidos á la Penitenciaría del Estado, los Sres. Julio Morales, Corl. Lino Guajardo y Adolfo Duclós-Salinas. Este último, que residía en el Hotel Zaragoza, propiedad del Comandante de la Policía, fué aprehendido por éste en la puerta de su establecimiento.

En la tarde del 2 DE ABRIL, se verificó la Manifestación reyista, á que aluden los párrafos de "*El Siglo Nuevo*," transcritos anteriormente, y como era de esperarse, á pesar del contingente oficial, fué desairada en extremo, no habiendo concurrido á ella mas que algunos de los empleados inferiores del Gobierno, los rancheros montados que se habían hecho venir de los pueblos inmediatos, y ademas dos ó trescientos individuos, reconocidamente adictos al General Reyes,



de los que forman los Clubs bernardistas "Victoria" y "Unión y Progreso."

Por la noche . . . . una banda militar ejecutó un selecto programa en . . . . *¡ la Plaza de Zaragoza !*

En aquella Plaza, en que frescas estaban todavía las huellas sangrientas de víctimas infamemente sacrificadas, donde aún gemían, en dolorosa conminación, las palabras divinas que estigmatizaron al primero de los fratricidas: "maldito serás sobre la tierra, porque habéis derramado la sangre de tu hermano."

El General Bernardo Reyes fué uno de los concurrentes á la serenata. *¡ Obstupui super hoc !* . . . . .

Muchos meses habían pasado, y en una reunión íntima de emigrados, que se verificó en uno de los Hoteles de Méjico, alguien, tras de una discusión desapasionada y en la que de buena fe habíase tratado de poner en claro el móvil de los asesinatos del 2 DE ABRIL, se expresó en los siguientes términos:

. . . . Resumiendo: el General Reyes se había preparado tanto para el ataque como para la defensa; pero no era de creerse que *premeditara* fusilar al pueblo. El éxito ó fracaso de la Manifestación *antirreyista*, iban á decidir de la suerte de la misma: si se lograba hacerla fracasar ó que tan sólo concurriesen á ella pocos individuos, se la dejaría llegar hasta su término; por la cual razón (y por ser éste el deseo más grande del Gral. Reyes), se procuró por la amenaza, por la persuasión, por el periódico, y creándola toda clase de obstáculos, hacer que la Manifestación no tuviera éxito. Más, si á pesar de todo, los opositoristas desatendían persuasión y amenazas, y lograban, con su ya reconocida energía, vencer todos los obstáculos, entonces, ¡ guay de ella !—Al Gobernador le quedaban sólo dos sendas expeditas: ó tolerar, *primero*, una humillación pública, y sufrir *despues*, una derrota absoluta en los comicios; ó *dissolver*, primero, la Manifestación, derramando la menor cantidad posible de sangre, y más tarde perseguir y encarcelar á los opositoristas, á quienes se les acusaría de ser autores del delito. En el primer caso, el enemigo continuaría al frente, en el campo, y

empuñando las armas de la popularidad; en el segundo, quedaría en un instante reducido á polvo: fugitivo ó en las prisiones; pero siempre bajo la zarpa de la justicia prostituida del militarismo. La elección entre esos dos extremos, no podía ser para el General motivo de largas cavilaciones: "llegado el momento, sabría obrar con toda la energía de su carácter, como *El Espectador* asentaba algunos días antes de los sucesos narrados.

